

de manera que al hacer su profesion solemne, á los votos acostumbrados añadió el de servir á los negros, firmándose en estos términos: «Pedro Claver, esclavo de los negros para siempre.» Nunca voto mas difícil que este fué pronunciado, pero tambien nunca otro fué mejor cumplido.

Apenas llegaba al puerto un buque negrero, el buen Padre corria hácia él provisto de aguardiente, bizcocho, frutas, á veces hasta de conservas y otros manjares regalados para festejar á los tristes cautivos, y cuidarles como una madre podria hacer por sus hijos. Aquellos pobres, atraídos por su rostro afable y simpático, sus ademanes cariñosos, sus amorosas palabras y el vehemente afecto que les mostraba ofreciéndose á servirles siempre de defensor, protector y padre, se le inclinaban al momento, y acababa de conquistarles repartiéndoles entre ellos los regalillos que traia consigo. Por esto decia que la primera diligencia debia ser hablarles con la mano. Algunos amigos virtuosos le ayudaban y suministraban los recursos convenientes.

Cuando ya se habia granjeado la confianza de los negros, procuraba ganarles para Dios, averiguando primero cuántas criaturas habian nacido durante el viaje para administrarles el bautismo; despues y con el propio objeto visitaba á los adultos tal vez enfermos de gravedad, á quienes por sí mismo cuidaba y medicaba, curando sus llagas, llevándoles á la boca el alimento, abrazándoles con efusion antes de dejarles, por repugnantes que fuesen, cuyo trato caritativo les embelesaba tanto mas, cuanto menos podian esperarlos.

El dia del general desembarco, volvia acompañado de negros antiguos de la propia tribu, con los cuales recibia á los recién llegados, dando á todos particulares muestras de afecto, pues á unos ayudaba á saltar del barco, á otros abrazaba, y si habia algun enfermo cargaba con él y lo colocaba en un carruaje ya prevenido. No les dejaba hasta situarles en el lugar de su destino, y aun despues de alojados los visitaba sucesivamente, recomendándoles con eficacia á su amo, y prometiendo volver, de modo que ya no se olvidaba mas de ellos.

Siendo sin embargo el principal objeto de estos auxilios corporales la salvacion de sus almas, para conseguirlo se arreglaba de este modo: acordadas con sus intérpretes las horas mas propias para su instruccion, salia llevando en la mano un báculo que remataba en forma de cruz, sobre el pecho un Crucifijo, y á la espalda una mo-

chila que encerraba una sobrepelliz, una estola, varias imágenes y lo demás necesario para el socorro de los enfermos. Apenas llegado, entraba con rostro alegre á sus cabañas, especie de húmedos establos, donde por el mucho número yacian amontonados unos sobre otros, sin mas cama que el duro suelo, en medio de una atmósfera hedionda, resultado del gran calor y del hacinamiento de tantos cuerpos infectos de sí, cosa que pocos europeos hubieran aguantado durante una hora sin caerse desmayados; mas el P. Claver parecia embelesarse en aquel lugar. Fija su idea únicamente en el precio de todas aquellas almas rescatadas con la sangre de Jesucristo, componia luego un altar con algunos cuadros expresivos, por ejemplo, de la crucifixion, del infierno, del paraíso, etc., á fin de dar á aquellos espíritus groseros alguna idea de nuestros misterios. Para que mas cómodamente pudiesen oírle, iba á buscar bancos, tablas, estereras, con aire tan risueño y afectuoso, que los pobres esclavos no sabian cómo manifestarle su agradecimiento; cual si allí estuviera solo para servirles y fuese esclavo de los mismos esclavos. Por este medio, si bien muchos de aquellos negros tienen cierto orgullo ó una estupidez feroz que los hace intratables, ninguno dejaba de ceder á la solicitud y perseverancia de su santo pastor, quien no contento con hacerles cristianos de nombre y de profesion, procuraba transformarles en verdaderos fieles, y en hombres exactos en cumplir los deberes del Cristianismo; y por un prodigio que solo la gracia puede obrar, logró, á fuerza de cuidados, trabajos y penas, excitar en esa porcion degradada y casi enteramente embrutecida del humano linaje virtudes que hubieran dejado atónitos á los europeos mejor instruidos.

Tal vez este ejemplo cuadre á los filósofos que en nuestros dias han aparentado tener mucho afecto á los negros; pero por mas que blasonen de ser sus libertadores, dudo que pudieran resolverse á mostrarles su aficion del modo que lo hizo el P. Claver. Para emanciparles bastaba dar un decreto ¹, aunque fuera en detrimento de los propietarios; mas para aliviarles, consolarles, instruirles é ilustrarles, seria preciso sacrificarse á sí propio condenándose á la existencia mas penada y laboriosa; y ya se sabe que la humanidad dictada por la filosofia no llega á tal extremo de heroísmo.

¹ Decreto de la Asamblea constituyente que produjo la catástrofe de Santo Domingo.

Trasladémonos de las regiones donde el sol se pone á los lugares do amanece, para ver los nuevos milagros que allí nos promete la católica caridad. Miremos á los misioneros de Levante encerrarse en los calabozos y en las galeras pestíferas para prestar alivio á los esclavos cristianos, y si queremos apreciar mejor su abnegacion oigamos el relato de uno de ellos ¹:

«Los servicios que prestamos á esos pobres esclavos cristianos, en el presidio de Constantinopla, consisten en afirmarles en el temor de Dios y en la fe, suministrarles los socorros de la caridad de los fieles, cuidarles en sus enfermedades, y en su caso ayudarles á bien morir. Aunque estos trabajos requieren mucha sujecion y fatiga, caseguro por experiencia que Dios da en cambio grandes consuelos. En tiempo de peste no siendo nosotros mas que cuatro ó cinco, y conviniendo de otra parte asistir á todos los atacados, acostumbramos elegir á un solo Padre para que entre en el presidio y permanezca en él durante el azote, en cuyo caso, obtenido el permiso del superior, se prepara de antemano con algunos dias de retiro, y se despidе de sus hermanos cual si debiera morir pronto. Algunas veces el sacrificio se consuma, pero otras se sale ileso del peligro ².»

Oigamos á otro misionero:

«He llegado ya á vencer el miedo que las enfermedades contagiosas suelen inspirar, y, si á Dios place, tras los percances pasados no creo morir de este mal. Acabo de salir del presidio, donde he administrado los Sacramentos á ochenta y seis personas. Durante el día, á lo que recuerdo, nada me inmutaba; solo por la noche mientras tomaba un ligero sueño representábanseme las mas téticas imaginaciones. El mayor riesgo que he corrido y que acaso corra en mi vida fué en la sentina de una sultana de ochenta y dos cañones, donde los esclavos, de concierto con sus guardianes, me hicieron entrar al anochecer para que les confesara durante la noche y les dijera misa á la madrugada, y allí dentro fuimos todos encerrados con dobles cerrojos segun es costumbre. ¡Júzguese qué ambiente se respiraria en un lugar tan reducido sin tener ningun respiradero! Solo diré que de los cincuenta y dos esclavos á quienes confesé, doce estaban atacados, y de éstos tres fallecieron antes que yo sa-

¹ El P. Tarillon.

² *Cartas edificantes*, t. I, pág. 19-21.

liese. Si Dios, pues, me ha librado de ese trance, tambien me sacará de otros ¹.»

En la India, los misioneros tenian que combatir las supersticiones mas groseras y vergonzosas; en la China debian hacerse sabios para ganar á un pueblo-envanecido de su saber; en otras partes se hacian artesanos; su caridad tomaba todas las formas y empleaba cuantos medios eran imaginables, haciéndose en suma todo para todos, á fin de granjear almas á Jesucristo; ¡admirable celo que despues no ha dejado de tener imitadores! ¿Quién ignora que cada año salen de varios puertos de Europa hombres en la flor de su edad, los cuales dicen un eterno adios al mundo, á su patria, á sus deudos y amigos, para irse á países bárbaros é ignotos á sacrificar su vida en la conversion de infieles? Hambre, sed, privaciones y persecuciones de mil maneras es todo lo que les espera, para ir á acabar en un rincon de calabozo, en una hoguera ó en un patíbulo; y ¿se dudará aun que la religion cristiana sea todo amor, cuando á sus hijos les inspira tan ardiente caridad? ¿Se dudará que Dios ama á los hombres, cuando tanto hace para salvarles? ¿Se dudará de la providencia del Señor sobre su Iglesia, viendo que estas misiones que convirtieron y siguen aun convirtiendo tantísimas almas, empezaron precisamente cuando la amada Esposa del Hombre-Dios deploraba en Europa la apostasia de gran número de sus hijos?

Si otra prueba se necesita de la inmensurable solicitud con que Dios vela por su obra, ahí está san Vicente de Paul: ¿qué mas hermosa dádiva podrá hacerse á la tierra? Ejemplo de todas las virtudes, alivio de todas las miserias, con justo motivo puede llamarse á este gran Santo el bienhechor de la humanidad. Como nuestro Señor, pasó haciendo bien, y suscitóle Dios para socorrer las humanas dolencias, y realzar la fe y la caridad ya casi extinguidas en medio de las guerras y herejías que destrozaban la Europa.

Nació san Vicente el año 1576 en la aldea de Poy, diócesis de Acqs en Gascuña. Sus padres, pobres por demás, tenian seis hijos, á los cuales dieron buenas inclinaciones y acostumbraron á las faenas del campo. Vicente pasó sus primeros años guardando reses; tenia un aspecto grave, y tal amor á los pobres, que muchas veces se privó del sustento para socorrerles. Su padre, advirtiéndole en él

¹ *Cartas edificantes*, t. I, pág. 23; Chateaubriand, t. IV, pág. 14 y 15.

raras disposiciones, resolvió hacerle estudiar, y le puso como pensionista en un convento de Franciscanos donde en pocos años se puso en estado de enseñar á los demás. Á los veinte pasó á Tolosa á cursar teología ¹, y en breve recibió el subdiaconado, el diaconado y el sacerdocio.

Habiendo cinco años despues hecho una excursion á Marsella, al regresar á su país el buque en que iba fué apresado por unos piratas, y Vicente llevado cautivo á Tunez. Tuvo allí tres años: el primero un pescador, el segundo un viejo médico que hizo los mayores esfuerzos para que renunciara á su religion, y el tercero un renegado, con quien, despues de convertirle, se vino á Europa. Libre de la esclavitud de los hombres, ya no pensó sino en rescatar almas de la servidumbre del demonio: consagróse especialmente al servicio de los necesitados comenzando por los campesinos, y prodigóles todos los auxilios corporales y espirituales de que fué capaz. Despues se dedicó á los galeotes, á quienes dispensó tan buenos oficios, que el rey hubo de nombrarle limosnero general de las galeras de Francia. En esta nueva calidad trasladóse á Marsella sin darse á conocer para mejor apreciar las cosas, y entonces pudo ver de cerca la desesperacion de un misero forzado á quien no pudo consolar, hasta que tiernamente conmovido, según se asegura, por un arrojado inaudito de caridad, logró sustituirle y llevar por algun tiempo las mismas cadenas con que estaba cargado. Mientras permaneció allí, organizó para los galeotes enfermos un hospital, que merced á sus cuidados fué luego uno de los mas cómodos del reino.

Sus misiones por el campo habian inspirado á algunos eclesiásticos el deseo de juntársele: tal fué el origen de la comunidad de san Lázaro. Establecidos por Vicente de Paul, los Lazaristas se dedican á hacer misiones de pueblo en pueblo, y si conviene tambien van á los países infieles.

No satisfecho con esto el celo de san Vicente, planteó las asociaciones de *Caridad* para socorrer á los pobres de cada parroquia, de señoras de la *Cruz* para crianza de niñas, y de *Damas* para servicio de los enfermos en los hospitales. Á este gran Santo debe la ciudad

¹ No la estudió solamente en Tolosa (de Francia), sino tambien en Zaragoza. Cuando algun Santo español ha estudiado en París, los franceses se hacen lenguas para que nadie lo ignore. (Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

de París sus hospitales de la Compasion, Bicêtre, Salpêtrière, y Niños expósitos. En aquel tiempo hallábanse cada noche gran número de criaturitas expuestas por las plazas ó á las puertas de los templos, y muchas de ellas perecian desgraciadamente. San Vicente, conolido en extremo de su suerte, buscó remedios para tan arduo mal, y convenido con algunas piadosas señoras logró recursos por algun tiempo, mas al cabo se agotaron. Reunidas otra vez las caritativas señoras á fin de determinar si se continuaria la buena obra, el Santo, entrañablemente conmovido, tomó la palabra y se dirigió así á la asamblea: «Ea, señoras, la compasion y la caridad nos hicieron adoptar por hijos á estas criaturillas, cuyas madres habeis sido según la gracia, desde que las abandonaron las que lo eran por naturaleza: considerad, pues, si las abandonarais ahora y si dejarais de ser madres suyas para convertirlos en sus jueces. Su vida ó su muerte está en vuestras manos; voy á recoger los votos.» La respuesta de las concurrentes fué ponerse á llorar; resolvióse seguir adelante con el empeño; los soberanos prometieron contribuir por su parte, de donde resultó que mas de diez mil inocentes cada año deben su existencia en la sola ciudad de París á san Vicente de Paul.

Para facilitar á sus párvulos cuidados mas tiernos y á sus enfermos una asistencia mas asidua, fundó una congregacion de *Hermanas de la Caridad*, conocida aun bajo el nombre de hermandad de san Vicente de Paul, la cual ha dado origen á varias otras fundaciones de análoga índole no solo en Francia, sino en todos los ámbitos del orbe cristiano, por lo cual puede decirse que los enfermos universalmente deben á san Vicente los auxilios y las atenciones admirables que en los hospitales les prodigan las religiosas ¹.

Nadie que las vea, no solo curar, limpiar los enfermos y aderezarles la cama, sino lavar los trapos que dejan llenos de podre y asquerosidades, dejará de tenerlas por unas santas víctimas, que á impulso de un exceso de amor y de caridad para con el prójimo corren voluntariamente á la muerte, desafiándola, por decirlo así, en medio de la corrupcion producida por la acumulacion de los enfermos ². Y ¡qué de sacrificios no tienen que hacer estas heroínas de la caridad para consagrarse así al servicio de unos infelices desconocidos, de quienes ninguna retribucion pueden esperar! Placeres

¹ Bergier, t. X.

² Helyot, citado por Chateaubriand, t. IV, pág. 123.

de la vida, encantos de la juventud, dulzuras de familia, goces del corazon, sentimientos del alma, todo lo abandonan, todo lo ahogan menos la compasion, la cual en medio de tantos dolores se convierte en un tormento mas ¹.

¿Quién no sentirá arrebatársele el corazon y enajenársele el espíritu en presencia de la abnegacion de esas sublimes virgenes llamadas con tanta propiedad *Hermanas de la Caridad* ó *hijas de Dios*, considerando que el mismo Voltaire hubo de rendirles el tributo de su admiracion? «Quizás, dice, nada hay en la tierra tan grande como el sacrificio que un sexo tan delicado hace de la hermosura, de la juventud y de la opulencia para servir en los hospitales á esa suma de humanas miserias cuya vista es tan humillante para el orgullo del hombre, y tan repulsiva para su delicadeza. Los pueblos segregados de la comunión romana *solo imperfectamente* han podido imitar caridad tan generosa ².»

Admira que un hombre solo, privado de medios, pudiese realizar tamaños prodigios; pero mas sorprende el pensar que durante muchos años mantuvo provincias enteras asoladas por la guerra ó la peste, siendo incalculables las limosnas que en aquellas circunstancias logró reunir.

Entre tanto la salud de Vicente, minada por tantos trabajos, decaía á ojos vista. Frisaba en los ochenta años cuando fué acometido de una calentura que acabó de postrarle. Cada vez que le entraba la sesion, decia amorosamente resignado: «Ea, bien venida seas, calenturita mia, pues vienes de parte de Dios.» Con todo esa calenturita que le acompañó mucho tiempo no le privaba de levantarse cada dia á las cuatro de la madrugada, y entregarse á sus ordinarios ejercicios de piedad y de caridad; hasta que al fin un dichoso tránsito coronó aquella vida de buenas obras el dia 27 de setiembre de 1660. Todo el mundo le lloró amargamente, y los mismos impíos no han podido menos de rendir homenaje á sus virtudes ³.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber suscitado

¹ Chateaubriand, t. IV, pág. 123.

² ¡Imitar *solo imperfectamente*! No han podido imitarla en lo mas mínimo; aun está por nacer la primera hospitalaria protestante.

³ Godescard, 19 de julio.

tantos misioneros al objeto de que pregonasen el Evangelio á todos los pueblos de la tierra: hacednos la gracia de que por nuestra conducta verdaderamente cristiana merezcamos que la fe permanezca entre nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *sufriré resignadamente las enfermedades.*